

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Dos caballeros de Verona

Sólo uno de ellos era realmente un caballero, como descubrirás más tarde. Se llamaban Valentín y Proteo. Eran amigos y vivían en Verona, una ciudad del norte de Italia. Valentín era feliz con su nombre porque era el del patrón de los enamorados; es difícil que un Valentín sea caprichoso o mezquino. Proteo era infeliz con su nombre, porque era el de un famoso cambiador de forma; por lo tanto, le animaba a ser un amante por momentos y un traidor en otros.

Un día, Valentín le dijo a su amigo que se iba a Milán.

—No estoy enamorado como tú —dijo—, y por eso no quiero quedarme en casa.

Proteo estaba enamorado de una hermosa muchacha de pelo rubio llamada Julia, que era rica, y no tenía a nadie que le diera órdenes. Sin embargo, lamentaba separarse de Valentín, y dijo:

—Si alguna vez te encuentras en peligro dímelo, y rezaré por ti.

Entonces Valentín se fue a Milán con un sirviente llamado Velocidad, y en Milán se enamoró de la hija del duque de Milán, Silvia.

Cuando Proteo y Valentín se separaron, Julia no había reconocido que amaba a Proteo. De hecho, había roto una de sus cartas en presencia de la criada, Lucía.

Lucía, sin embargo, no era ninguna simplona, pues al ver los pedazos se dijo:

—Lo único que quiere es que la molesten con otra carta. En efecto, tan pronto como Lucía la dejó sola, Julia se arrepintió de su ruptura y colocó entre el vestido y su corazón el trozo de papel rasgado en el que Proteo había firmado con su nombre. Así, rompiendo una carta escrita por Proteo, descubrió que lo amaba. Entonces, como una muchacha valiente y dulce, le escribió a Proteo:

—Ten paciencia y te casarás conmigo.

Encantado con estas palabras, Proteo se paseaba, floreando la carta de Julia y hablando consigo mismo.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó su padre, Antonio.

—Una carta de Valentín —mintió Proteo.

—Déjame leerla —dijo Antonio.

—No hay noticias —dijo engañoso Proteo—; sólo dice que es muy feliz, y que el Duque de Milán es amable con él, y que desearía que yo estuviera con él.

Esta mentira tuvo el efecto de hacer pensar a Antonio que su hijo debía ir a Milán y disfrutar de los favores con los que se regodeaba Valentín.

—Debes ir mañana —decretó. Proteo estaba consternado.

—Dame tiempo para preparar mi atuendo.

Pero Antonio le respondió:

—Lo que necesites, te será enviado.

A Julia le dolió separarse de su amante antes de que su compromiso hubiera cumplido los dos días. Le dio un anillo y le dijo:

—Guárdalo por mí —y él le dio un anillo, y se besaron como dos que tienen la intención de ser fieles hasta la muerte. Entonces Proteo partió a Milán.

Mientras tanto, Valentín divertía a Silvia, cuyos ojos grises —que se reían de él bajo el pelo castaño— lo habían ahogado de amor. Un día, ella le dijo que quería escribir una bonita carta a un caballero que le caía bien, pero no tenía tiempo; ¿la escribiría él? A Valentín le disgustaba mucho escribir aquella carta, pero la escribió, y se la entregó fríamente.

—Vuelve a hacerlo —dijo ella—, lo hiciste sin ganas.

—Señora —dijo él—, fue difícil escribir una carta así para usted.

—Vuelve a hacerlo —ordenó—, no has escrito con suficiente ternura.

Valentín se quedó con la carta, y fue condenado a escribir otra; pero su sirviente Velocidad vio que, en efecto, la Lady Silvia había permitido a Valentín escribir por ella una carta de amor para el propio Valentín.

—La broma —dijo—, es tan invisible como una campana en un campanario.

Quería decir que era muy evidente; y continuó diciendo exactamente lo que era:

—Si el amo le escribe cartas de amor, debe responderlas.



A la llegada de Proteo, fue presentado por Valentín a Silvia y después, cuando se quedaron solos, Valentín preguntó a Proteo cómo prosperaba su amor por Julia. —Vaya —dijo Proteo—, solías cansarte cuando hablaba de ella.

—Sí —confesó Valentín—, pero ahora es diferente. Puedo comer y beber todo el día sin más nada que amor en mi plato y en mi copa.

—Idolatrás a Silvia —dijo Proteo.

—Ella es divina —dijo Valentín.



—¡Vamos, vamos! —replicó Proteo.

—Bueno, si no es divina —dijo Valentín—, es la reina de todas las mujeres de la tierra.

—Excepto Julia —dijo Proteo.

—Querido muchacho —dijo Valentín—,

Julia no está exceptuada; pero concederé que solo ella es digna de llevar el paso de mi señora.

—Tu fanfarronería me asombra —dijo Proteo.

Pero él había visto a Silvia, y sintió de repente que la Julia de pelo rubio era negra en comparación. Se convirtió en villano sin demora, y se dijo a sí mismo lo que nunca antes se había dicho:

—Yo, para mí, soy más querido que mi amigo.

Hubiera sido conveniente para Valentín que Proteo hubiera cambiado, por el poder del dios cuyo nombre llevaba, la forma de su cuerpo en el malvado momento en que despreciaba a Julia al admirar a Silvia. Pero su cuerpo no cambió; su sonrisa seguía siendo afectuosa, y

Valentín le confió el gran secreto de que Silvia le había prometido huir con él.

—En el bolsillo de esta capa —dijo Valentín—, tengo una escalera de cuerda de seda, con ganchos, que se aferrarán a la ventana de su habitación.

Proteo sabía la razón por la que Silvia y su amante se empeñaban en huir. El Duque pretendía que se casara con el Señor Thurio, un noble caballero por el que ella no sentía el menor aprecio.

Proteo pensó que, si conseguía deshacerse de Valentín, podría hacer que Silvia se encariñara con él, especialmente si el Duque insistía en que soportara la fastidiosa charlatanería del Señor Thurio. Se dirigió, pues, al duque y le dijo:

—¡El deber antes que la amistad! Me apena frustrar a mi amigo Valentín, pero Su Excelencia debe saber que esta noche pretende fugarse con su hija.

Rogó al Duque que no dijera a Valentín quién le había dado esta información, y el Duque le aseguró que su nombre no sería divulgado.

Aquella noche, temprano, el Duque llamó a Valentín, que se presentó ante él vistiendo una larga capa con un bolsillo abultado.

—¿Conoces —dijo el Duque— mi deseo de casar a mi hija con el Señor Thurio?

—Lo conozco —respondió Valentín—. Es virtuoso y generoso, como corresponde a un hombre tan honrado en el pensamiento de Su Gracia.

—Sin embargo, a ella le desagrada —dijo el Duque—. Es una muchacha malhumorada, orgullosa y desobediente, y

me daría pena dejarle un penique. Tengo la intención, por lo tanto, de casarme de nuevo.

Valentín se inclinó.

—Apenas sé cómo flirtean los jóvenes de hoy —continuó el Duque—, y pensé que usted sería el hombre indicado para enseñarme a conquistar a la dama de mi elección.

—Se sabe que las joyas alegan bastante bien —dijo Valentín.

—Las he probado —dijo el Duque.

—El hábito de gustar a quien las da puede crecer si Su Majestad le da algunas más.

—La principal dificultad —continuó el Duque—, es ésta. La dama está prometida a un joven caballero, y es difícil hablar con ella. De hecho, está encerrada.

—Entonces su Majestad debería proponer una fuga —dijo Valentín—. Pruebe con una escalera de cuerda.

—Pero, ¿cómo debo llevarla? —preguntó el Duque.

—Una escalera de cuerda es ligera —dijo Valentín—; puedes llevarla en una capa.

—¿Cómo la tuya?

—Si, Su Majestad.

—Entonces la tuya servirá. Préstamela, por favor.

Valentín se había metido en una trampa. No pudo negarse a prestarle su capa, y cuando el Duque la tuvo puesta, Su Majestad sacó del bolsillo una carta sellada



dirigida a Silvia. La abrió fríamente y leyó estas palabras: "Silvia, serás libre esta noche".

—Efectivamente —dijo—, y aquí está la escalera de cuerda. Muy bien construida, pero no perfectamente. Le doy, señor, un día para abandonar mis dominios. Si mañana a esta hora está en Milán, morirá.

El pobre Valentín se entristeció hasta la médula.

—A menos que mire a Silvia en el día —dijo—, no hay día para que yo mire.

Antes de irse se despidió de Proteo, que demostró ser un hipócrita de primer orden.

—La esperanza es el bastón de un amante —dijo el traidor de Valentín—, vete con eso.

Tras abandonar Milán, Valentín y su sirviente se adentraron en un bosque cercano a Mantua, donde vivía el gran poeta Virgilio. En el bosque, sin embargo, los poetas (si los había) eran bandidos, que ordenaron a los viajeros que se detuvieran. Ellos obedecieron, y Valentín causó tan buena impresión a sus captores que le ofrecieron la vida con la condición de que se convirtiera en su capitán.

—Acepto —dijo Valentín—, siempre que liberes a mi sirviente, y no sean violentos con las mujeres y los pobres.

La respuesta fue digna de Virgilio, y Valentín se convirtió en jefe de los bandoleros.

Volvemos ahora a Julia, que encontró Verona demasiado aburrida para vivir desde que Proteo se había ido.

Suplicó a su criada Lucía que ideara una manera de verlo.

—Mejor esperar que regrese —dijo Lucía, y habló con tal sensatez que Julia vio que era en vano esperar que Lucía cargara con la culpa de cualquier aventura precipitada e interesante. Entonces Julia dijo que pensaba ir a Milán y se vistió de criada.

—Entonces debes cortarte el cabello —dijo Lucía, que pensó que, ante este anuncio, Julia abandonaría inmediatamente su plan.

—Me lo anudaré —fue la decepcionante respuesta. Entonces Lucía trató de hacer que el plan le pareciera una tontería a Julia; pero Julia ya había tomado una decisión y no se dejaba desanimar por el ridículo. Y cuando terminó su baño, tenía el aspecto más atractivo que uno pudiera desear.

Julia adoptó el nombre masculino de Sebastián, y llegó a Milán a tiempo para escuchar la música que se interpretaba frente al palacio del Duque.

—Están dando una serenata a la Lady Silvia —le dijo un hombre.

De pronto oyó una voz que cantaba, y ella conocía esa voz. Era la voz de Proteo. Pero, ¿qué estaba cantando?

—¿Quién es Silvia? ¿Qué es ella, que todos nuestros zagales la elogian? Santa, bella y sabia es; el cielo tal gracia le prestó, para que sea admirada.

Julia intentó no escuchar el resto, pero estas dos líneas de alguna manera retumbaron en su mente: “Entonces cantemos a Silvia; ella supera todo lo mortal”

Entonces Proteo pensó que Silvia superaba a Julia; y, debido a que cantaba tan bellamente para que todo el mundo lo oyera, parecía que no solo era falso con Julia,

sino que la había olvidado. Sin embargo, Julia seguía amándolo. Incluso se dirigió a él y le pidió ser su criada, y Proteo la contrató.



Un día, le entregó el anillo que ella le había dado y le dijo:

—Sebastián, llévaselo a Lady Silvia, y dile que me gustaría tener el retrato de ella que me prometió.

Silvia le había prometido el cuadro, pero le disgustaba Proteo. Se veía obligada a hablar con él porque gozaba del aprecio de su padre, que creía que la defendía en nombre del Señor Thurio. Silvia se había enterado por Valentín que Proteo estaba comprometido con una novia en Verona; y cuando le dijo cosas tiernas, sintió que era desleal tanto en la amistad como en el amor.

Julia le llevó el anillo a Silvia, pero Silvia le dijo:

—No agraviaré a la mujer que se lo dio para que lo llevara puesto.

—Ella te agradece —dijo Julia.

—¿Entonces la conoces? —dijo Silvia, y Julia habló tan tiernamente de sí misma que Silvia deseó que Sebastián se casara con Julia.

Silvia entregó a Julia su retrato para Proteo, que lo habría recibido peor por los retoques en la nariz y los ojos si Julia no se hubiera hecho la idea de que era tan guapa como Silvia.

Pronto hubo un alboroto en el palacio. Silvia había huido.

El Duque estaba seguro de que su intención era unirse al exiliado Valentín, y no se equivocaba.

Sin demora salió en su búsqueda, con el Señor Thurio, Proteo y algunos sirvientes.

Los miembros del grupo de búsqueda se separaron, y Proteo y Julia (vestida de sirviente) estaban solos cuando vieron a Silvia, que había sido tomada prisionera por los forajidos y ahora era conducida ante su capitán. Proteo la rescató y dijo:

—Te he salvado de la muerte; dame una mirada amable.

—¡Oh, que miseria, ser ayudada por ti! —gritó Silvia—. Preferiría ser el desayuno de un león.

Julia se quedó callada, pero alegre. Proteo estaba tan molesto con Silvia que la amenazó y la tomó de la cintura.

—¡Oh, cielos! —gritó Silvia.

En ese instante se oyó un ruido de ramas crujiendo.

Valentín atravesó el bosque de Mantuan para rescatar a su amada. Julia temió que matara a Proteo, y se apresuró a ayudar a su falso amante. Pero no le lanzó ningún golpe, solo le dijo:

—Proteo, siento no volver a confiar en ti.

Entonces Proteo se sintió culpable, y cayó de rodillas diciendo:

—¡Perdóname! ¡Me aflijo! ¡Sufro!

—Entonces eres mi amigo una vez más —dijo el generoso Valentín—. Si Silvia, que está perdida para mí, te mira con buenos ojos, prometo que me haré a un lado y les daré mi bendición.

Estas palabras eran terribles para Julia, y se desmayó. Valentín la reanimó y dijo:

—¿Qué te pasa, muchacho?

—Recordé —mintió Julia—, que se me había encargado entregar un anillo a Lady Silvia, y que no lo hice.

—Bueno, dámelo a mí —dijo Proteo.

Ella le entregó un anillo, pero era el anillo que Proteo le había dado a Silvia antes de dejar Verona.

Proteo le miró la mano y se sonrojó hasta las raíces del cabello.

—Cambié de forma cuando tú cambiaste de opinión —dijo ella.

—Pero te amo otra vez —dijo él.

En aquel momento entraron los forajidos, trayendo dos premios; el Duque y el Sr. Thurio.

—¡No se acerquen! —gritó Valentín severamente—. El Duque es sagrado.

—¡Ahí está Silvia; es mía! —exclamó Sr. Thurio.

—¡Tócala y morirás! —dijo Valentín.

—Sería un tonto si arriesgara algo por ella —dijo el Señor Thurio.

—Entonces eres un vil —dijo el Duque—. Valentín, eres un hombre valiente. Tu destierro ha terminado. Vuelvo a llamarte. Puedes casarte con Silvia. Te la mereces.

—Se lo agradezco, Su Majestad —dijo Valentín profundamente conmovido—, y sin embargo debo pedirle una bendición más.

—Se la concedo —dijo el Duque

—Perdone a estos hombres, Alteza, y deles empleo. Son mejores que su vocación.

—Los perdono a ellos y a ti —dijo el Duque—. A partir de ahora su trabajo será remunerado.

—¿Qué opina de este sirviente, Alteza?

—preguntó Valentín, señalando a Julia.

El Duque la miró y dijo:

—Creo que el muchacho tiene gracia.

—Más gracia que un muchacho, digo yo

—rió Valentín, y el único castigo que Proteo tuvo que soportar por sus traiciones contra el amor y la amistad fue el recitado en su presencia de las aventuras de Julia-Sebastián de Verona.

